

GRAN SUPER & FICCIÓN

ISAAC ASIMOV

Las grandes historias de la ciencia ficción

LA EDAD DE ORO

1941

Los relatos que
hicieron historia
antes de los
premios Hugo



Los mejores relatos del periodo histórico más importante de la ciencia ficción, cuando los grandes maestros configuraron los temas clásicos del género.

Segundo volumen de una esmeradísima selección en la que *Asimov* presenta cronológicamente los relatos que marcaron la evolución del género. Catorce grandes relatos publicados originalmente en 1941 de los mejores escritores del momento, incluyendo *Anochecer*, el relato que marcó el salto a la fama de *Asimov*.

Eric Frank Russell, C. M. Kornbluth, Theodore Sturgeon, Robert A. Heinlein, A. E. van Vogt, Alfred Bester, Isaac Asimov, Henry Kuttner, C. L. Moore, Anthony Boucher y Lester del Rey son los autores de este conjunto de relatos inolvidables.

Isaac Asimov, con la colaboración de *Martin H. Greenberg*, ha emprendido uno de los más ambiciosos proyectos que se hayan llevado a la práctica en el terreno de las antologías: la reconstrucción de la historia de la ciencia ficción a través de sus mejores relatos presentados en orden cronológico.

Año por año, *Asimov* y *Greenberg* presentan al lector los relatos más influyentes de los mejores autores del momento. La distancia histórica contribuye a dar un carácter definitivo a la selección, superando con creces cualquier proyecto anterior de características similares debido particularmente a la información vertida en cada presentación sobre los autores y su obra.

Bajo la figura dominante de *John W. Campbell*, director de la mítica revista *Astounding Science Fiction*, jóvenes escritores como el propio *Asimov*, *Robert A. Heinlein*, *Theodore Sturgeon* y *Alfred Bester* daban los primeros pasos de sus respectivas carreras literarias, sin saber que estaban forjando la *Edad de Oro de la Ciencia Ficción* y el paso de los años los consagraría como maestros.

En este segundo volumen de la serie se incluyen:

Ratones mecánicos, por *Eric Frank Russell*. Traer artefactos de un lejano futuro sin saber para qué sirven puede llegar a ser muy muy peligroso.

El cohete de 1955, por *C. M. Kornbluth*. La crónica de un viaje espacial que nunca existió.

Dios microcósmico, por *Theodore Sturgeon*. Un científico genial llega a convertirse en el Dios de una especie inteligente creada en laboratorio.

Jay Score, por *Eric Frank Russell*. Era una situación desesperada en la que sólo un acto suicida podía salvarlos...

Universo, por *Robert A. Heinlein*. La nave se dirigía a Próxima Centauro, pero entre su tripulación ya no quedaba nadie que lo recordara.

Solución insatisfactoria, por *Robert A. Heinlein*. Un escalofriante relato sobre la guerra que adelantó los peligros del uso militar de la energía atómica.

Las palabras de Guru, por *C. M. Kornbluth*.

Visto y no visto, por *A. E. van Vogt*. Un periodista de nuestra época se ve trasladado a un remoto futuro.

Adán sin Eva, por *Alfred Bester*. La historia de una ambición que puso en peligro más cosas de las previstas.

Anochecer, por *Isaac Asimov*. En un mundo donde siempre brilla la luz de uno de los soles de un sistema múltiple, la llegada de la noche tendría sin duda efectos catastróficos.

Había una vez un gnomo, por *Henry Kuttner* y *C. L. Moore*. Divertidísimo relato de fantasía en el que el protagonista se encuentra convertido en un gnomo.

Por sus propios medios, de *Robert A. Heinlein*. El cuento definitivo sobre el tema de la paradoja temporal.

Snulbug, por *Anthony Boucher*. Invocar a un demonio y conseguir el periódico del día siguiente parecía una buena idea...

Más Allá S. A., por *Lester del Rey*. La «otra vida» puede llegar a ser bastante diferente de lo que uno espera al morir.

1941

Introducción

En el mundo de fuera de la realidad, 1941 fue otro año muy malo. El 9 de febrero, el mariscal Rommel condujo a sus tropas de Italia a África, donde pronto empezó a entorpecer la ofensiva británica destinada a proteger el canal de Suez. Los ataques de los submarinos alemanes aumentaron de intensidad durante todo el año. El 13 de abril, la Unión Soviética firmó un tratado de neutralidad con Japón con el que permitía tácitamente que el expansionismo nipón siguiera adelante. La Cámara de los Comunes fue destruida en un raid alemán el 10 de mayo, el mismo día en que Rudolf Hess volaba a Inglaterra portando su misteriosa «misión de paz». El 24 de mayo, el acorazado alemán Bismarck hundió al H. M. S. Hood, y fue hundido a su vez por la Royal Navy tres días después.

No del todo inesperadamente, excepto para los rusos, Alemania invadió la Unión Soviética el 22 de junio, propiciando uno de los momentos más dramáticos de la guerra, a finales de dicho mes, tenía controlada gran parte de la Rusia europea y Ucrania. El 11 de agosto, Churchill y Roosevelt firmaron la «Carta Atlántica» a bordo de un barco en el océano del mismo nombre. El 8 de septiembre, Leningrado fue rodeada y comenzó un largo asedio. El ejército alemán se encontraba a sesenta millas de Moscú el 16 de octubre. La contraofensiva rusa empezó el 29 de noviembre.

El 7 de diciembre, «un día que vivirá en la infamia», aviones japoneses bombardearon Pearl Harbor y sus instalaciones militares. Los Estados Unidos declararon la guerra

a Japón al día siguiente, y a Alemania e Italia el 11, un día después de que el Príncipe de Gales y el Repulsa fueran hundidos en el océano Índico. Hong Kong se rindió a los japoneses el día de Navidad.

Durante 1941, Edmund Wilson publicó su importante estudio sobre el pensamiento utópico socialista, *La estación de Finlandia*. El «Proyecto Manhattan» para el desarrollo de la bomba atómica se inició a finales de dicho año. Léger pintó «Buzos contra un fondo amarillo». Bruce Smith, de la universidad de Minnesota ganó el trofeo Heisman como jugador de fútbol más destacado. Benjamin Britten compuso su «Concierto para Violín». Se publicó *La caída de París*, de Ilya Ehrenburg. Se representó *Madre Coraje y sus hijos*, de Brecht. El equipo de Minnesota volvió a ser campeón de la Liga Universitaria de fútbol. Entre las películas más destacadas del año se encontraban *Ciudadano Kane*, *Qué verde era mi valle*, *Lío en los grandes almacenes* (la última película de los hermanos Marx), y *El primero de muchos*, uno de los últimos films de Leslie Howard, que moriría en el Canal de la Mancha.

La población de los Estados Unidos era de 131 millones de habitantes. La de China se estimaba en 450. El récord de velocidad para la carrera de una milla estaba aún en 4 min 6,04 seg, establecido en 1937 por el británico Sydney Wooderson. Nathaniel Micklem publicó *La Teología de la política*. *La Obertura Scapino*, de William Walton, fue estrenada. Bobby Riggs ganó el campeonato de tenis de los Estados Unidos. F. Scott Fitzgerald publicó *El último magnate*. *Espíritu gozoso*, de Noel Coward, fue un éxito. *Whirlaway*, montada por Eddie Arcaro, ganó el derby de Kentucky, mientras que Wisconsin tenía el mejor equipo de baloncesto. Había casi cuarenta millones de coches en los Estados Unidos. Los Yankees ganaron la serie a los Dodgers, Ted Williams hizo 37 home runs y una media increíble de 406, pero Joe DiMaggio ganó el trofeo al mejor jugador de la liga. Se publicó *La Canción de Bernadette*, de Franz Werfel.

Gary Cooper (por Sargento York) y Joan Fontaine (por Sospecha), ganaron el Oscar de la Academia. Joe Louis seguía siendo el campeón de los pesos pesados, pero estuvo a punto de perder el título ante Billy Conn y sólo salvó su corona con un K. O. en uno de los últimos asaltos.

La muerte se llevó a Henri Bergson, James Joyce, Sherwood Anderson, Virginia Woolf el Kaiser Guillermo II y a Ignaz Paderewski.

Mel Brooks era todavía Melvin Kaminsky.

Pero en el mundo real fue un año magnífico.

En el mundo real, la tercera Convención Mundial de Ciencia Ficción (la Denvention) se celebró en Denver, Colorado, continuando su viaje hacia el oeste. La primera «Boskone» se celebró en Boston. En el mundo real, Methuselah's Children^[1], de Robert A. Heinlein, y el largamente esperado Second Stage Lensman^[2] de «Doc» Smith aparecieron en Astounding.

Más cosas tristes y portentosas sucedieron en el mundo real: Stirring Science Stories y Cosmic Stories dieron comienzo a sus breves vidas, pero Comet Stories desapareció. Unknown cambió su nombre por Unknown Worlds sin perjuicio ni beneficio. Pero como compensación muchas más personas maravillosas hicieron sus vuelos nupciales a la realidad: en enero, Fredric Brown con «Not Yet The End»^[3]. En febrero, Cleve Cartmill con «Oscar»^[4], William Morrison con «Bad Medicine», y Damon Knight con «Resilience». En Mayo, Wilson Tucker (alias Bob) con «Interestelar WayStation», y en noviembre, Ray Bradbury fue coautor^[5] de «Pendulum».

El 1 de agosto, mientras viajaba en metro para visitar a John Campbell, Isaac Asimov pensó por primera vez en el ascenso y caída de imperios intergalácticos (con un poco

de ayuda de Gibbons), y los primeros indicios de la Fundación surgieron nebulosamente en su mente.

Y alas distantes empezaron a batir con el nacimiento de Gregory Benford y Jane Gaskell.

Viajemos al venerado año 1941 y disfrutemos de los mejores relatos que nos legó el mundo real.

ISAAC ASIMOV y MARTIN H. GEENBERG

Ratones mecánicos

Maurice A. Hugi (Eric Frank Russell, 1905-1978)

Astounding Science Fiction, enero

El desaparecido Eric Frank Russell es el más subestimado de la «Segunda generación» (su primer relato fue publicado en 1937). Su novela Sinister Barrier^[6], publicada en Unknown en 1939, le reportó cierta fama durante un tiempo, y ganó el Hugo en 1955 por su historia «Allama-goosa»^[7], pero ha sido ignorado por la comunidad académica.

Este inteligente relato causó cierta confusión porque Maury G. Hugi era una persona real, pero la historia fue escrita por Russell.

(Nunca he podido comprender el truco de los seudónimos. Sé que hay razones para emplearlos, como no querer que los vecinos sepan que te estás evidenciando al desplegar la imaginación, o porque no quieres que el fisco se entere de que estás ganando dinero a sus espaldas... pero, Dios santo, pierdes nombre. Por ejemplo, a mí me gustó muchísimo «Ratones mecánicos» cuando lo leí por primera vez, siempre la he considerado una historia magníficamente construida y no supe hasta hace muy poco que la había escrito E. F. Russell. Es terrible. Admito que escribí las histo-

rias de Lucky Starr con el seudónimo de Paul French, pero tenía razones de peso para hacerlo, y las publiqué bajo mi propio nombre en cuanto pude. Pero claro, yo me tengo en mucha estima; nunca consentiría en renunciar ni a un átomo de mi nombre. I. A.).

Relacionarse con lo desconocido es buscar problemas seguros. ¡Burman lo hizo! Ahora hay un montón de personas que odian con todas sus fuerzas todo aquello que emita, clics, tics, sonidos rítmicos o cualquier otra cosa que actúe como un despertador asmático. Tienen mecanofobia y Dan Burman es el responsable.

¿Quién no ha oído hablar de la Batería Burman? ¡Otro de sus inventos! Nos dejó a todos completamente perplejos, y por si esto fuera poco se superó con el eslogan que ahora es mundialmente famoso: «Energía en su bolsillo». A nadie se le habría ocurrido confeccionar un artefacto del tamaño de un paquete de cigarrillos que produjera un centenar de veces más energía que la de su más eficiente competidor. Pero Burman era diferente de todos los demás.

Burman me estudió con cuidado y luego dijo:

—Cuando esa revista técnica te envió a entrevistarme hace doce años, me escuchaste con atención. No me trataste como si fuera un visionario o un idiota congénito. Escribiste un buen artículo sobre mí y empezaste la campaña publicitaria que después me proporcionaría mucho dinero.

—No fue porque te apreciara —le aseguré—, sino porque estaba honestamente convencido de que tu batería era buena.

—Tal vez —me estudió de una manera que me hizo pensar que estaba ansioso por quitarse un gran peso de encima—. Hemos sido muy buenos amigos desde entonces. Hemos pasado algunos malos ratos juntos, y creo que

eres uno de mis pocos amigos a los que puedo hacer una confesión aparentemente estrafalaria.

—Adelante —le animé.

Tal como había dicho, hemos sido buenos amigos. Simplemente, nos caíamos bien y congeniábamos. Burman era un tipo listo, pero no tenía nada de pedante. Cuarentón, normal, pulcro, podía haber sido un dentista de éxito a juzgar por las apariencias.

—Bill —dijo muy seriamente—. Yo no inventé esa maldita batería.

—¿No?

—¡No! —confirmó—. Robé la idea. Lo que me vuelve loco es que no sabía qué era lo que estaba robando y, todavía peor, no sé de donde la robé.

—Está claro como el agua —comenté.

—Eso no es nada. Después de doce años de trabajo preciso y cuidadoso, he construido algo más. Debe ser la cosa más complicada de la creación —se golpeó la rodilla con un puño y alzó la voz, quejándose—. Y ahora que lo he conseguido, no sé qué es lo que he hecho.

—Pero ¿un inventor cuando experimenta algo, acaso no sabe lo que está haciendo?

—¡Yo no! —Burman estaba cómicamente lúgubre—. Sólo he inventado una cosa en mi vida, y fue más por accidente que por mis propios méritos —alzó la vista—. Pero aquello fue la pista hacia un millón de ideas. Me dio la batería. Casi llegó a darme cosas de mayor importancia. En varias ocasiones casi me ha puesto en las manos y en la mente planes que alterarían este mundo más allá de tu entendimiento —se inclinó hacia adelante para dar más énfasis a su discurso—. Ahora me ha dado un misterio que me ha costado doce años de trabajo y una buena cantidad de dinero. Lo terminé anoche. No sé qué demonios es.

—Tal vez si le echo un vistazo...

—Eso es lo que me gustaría que hicieras —rápidamente, su tono adquirió un súbito entusiasmo—. Es un trabajo

magnífico, aunque está mal que yo lo diga. Apuesto a que no puedes decir qué es, o para qué se supone que sirve.

—Suponiendo que pueda servir para algo —añadí yo.

—Sí —coincidió él—. Pero estoy seguro de que tiene alguna función específica.

Se levantó y abrió la puerta.

—Vamos.

Era sorprendente: Se trataba de una caja de metal con una brillante superficie plateada. Por su aspecto y tamaño general parecía un ataúd vertical, y tenía el mismo aire ominoso del ataúd que espera a que su propietario entregue el alma.

Había un par de ventanitas de cristal en su parte delantera, a través de las cuales podían verse multitud de engranajes tan maravillosamente acabadas como los de un reloj de primera clase. Por todas partes había lentes diminutas que parecían mirar con la indiferencia propia de las esfinges. Había tres pequeñas portillas en un lado, dos en otro, y una más grande delante. En lo alto, dos varas de metal retorcidas se alzaban como los cuernos de una cabra, añadiendo un toque satánico al ligero aspecto macabro de aquella cosa.

—Es un empaquetador automático —sugerí, observando la máquina con franca repulsión. Señalé una de las portillas—. Metes la mortaja por aquí y el cadáver sale por el otro lado reverentemente compuesto y envuelto.

—Así que tampoco te gusta su aspecto —comentó Burman. Abrió un cajón cercano y sacó un puñado de dibujos—. Así es por dentro. Tiene un circuito eléctrico, válvulas, condensadores y algo que no puedo identificar del todo, pero sospecho que es un diminuto y extremadamente eficaz horno eléctrico. Tiene partes que parecen ser rodillos y engranajes. Lleva incorporados varios martinetes múltiples a pequeña escala, que aparentemente se unen a unas plan-